

## AGENDA CIUDADANA

### ECHEVERRIA O LA CLASE POLITICA MEXICANA

Lorenzo Meyer

**Una Caracterización.-** Hace tiempo que la clase política mexicana, la heredera de aquella facción revolucionaria que finalmente se adueñó del poder por la vía de las armas entre 1914 y 1917 –la carrancista--, se quedó sin “fórmula política”, es decir, sin un discurso eficaz, sin una coartada que justifique un supuesto derecho a gobernarnos por más de ochenta años ininterrumpidos. Y como si deseara poner de relieve ese hecho --su vacío ideológico y moral--, Luis Echeverría --suma y compendio de todas las características de esa clase--, acaba de reaparecer en público con un discurso que lleva a sus límites la forma de ver y de entender el ejercicio del poder del grueso del grupo gobernante. Se trata de la supuesta explicación de lo acontecido hace casi treinta años, la trágica noche de Tlaltelolco –un hecho cuya dimensión aumenta conforme el tiempo transcurre—, pero que finalmente resultó una muestra más de la falta de respeto y del desprecio de los gobernantes para con los gobernados, pero también un indicador claro de la obsolescencia de una clase política que nunca pudo superar la mediocridad y que es hoy el principal obstáculo para que México pueda acceder a una etapa superior de su desarrollo político.

Hace más de medio siglo, Daniel Cosío Villegas, en su famoso ensayo sobre el sistema político del México al tiempo en que se iniciaba la postrevolución, declaró tajante, que todos los líderes de la Revolución Mexicana, sin excepción alguna, habían resultado “inferiores a las exigencias de ella” (“La crisis de México”, Cuadernos Americanos, VI, 2 de marzo, 1947). Los años transcurridos desde entonces no sólo han confirmado ese duro juicio de don Daniel sino que lo han extendido, pues es claro que

tampoco los hombres que han ejercido el poder de entonces a la fecha han estado a la altura de sus circunstancias. Es más, si finalmente los líderes del movimiento armado que estalló en 1910 resultaron inferiores a las exigencias de su época, quienes les sucedieron --los que asumieron el poder después de 1946--, no han estado siquiera a la altura de aquellos a los que criticó Cosío Villegas, los dirigentes originales.

Los hombres y las mujeres de la clase política posterior al 46 --cuando los generales fueron substituidos por los abogados y a los economistas--, nunca se plantearon la posibilidad de cuestionar abiertamente y menos de enfrentar las deficiencias éticas del poder existente, sino que simplemente lucharon a brazo partido por introducirse en el aparato gubernamental y usufructuarlo --Adolfo López Mateos fue, quizá, una excepción, pero sólo en su juventud, cuando formó parte de la rebeldía estudiantil vasconcelista--. Los integrantes de la élite política de la segunda mitad del siglo XX, ya no olieron la pólvora y nunca tuvieron que arriesgar la vida en el intento por dar forma a una gran visión del destino colectivo, como si fue el caso, al menos en el inicio, de sus predecesores.

Quien fuera presidente de México entre 1970 y 1976, Luis Echeverría, encarna, tan bien como el mejor, la naturaleza y espíritu de la actual clase política mexicana. En efecto, incapaz de asumir la responsabilidad y consecuencias que implica el ejercicio del poder en un sistema autoritario, el expresidente ha pretendido echar sobre los hombros de otros toda la responsabilidad histórica de su participación en un asesinato de Estado: la matanza de estudiantes desarmados y que pretendían ejercer un derecho ciudadano --el de la protesta-- que un presidencialismo tan intolerante como estúpido no estaba dispuesto a tolerar por considerarlo *laesa majestas*.

Como se sabe, el 3 de febrero, en una lamentable reunión con diputados celebrada en casa de quien fuera secretario de Gobernación en 1968, y que supuestamente tenía por objeto abordar el delicado tema de la responsabilidad política y moral por lo ocurrido ese año en la Plaza de las Tres Culturas, se desarrolló el siguiente e increíble diálogo entre Luis Echeverría y un periodista:

--- Usted era secretario de Gobernación.

--- Pero no era jefe del Ejército.

--- ¿Fue entonces el Ejército el que ordenó disparar?.

--- Fue una dirección del Comando Supremo de las Fuerzas Armadas, el presidente de la República.

--- ¿Fue Díaz Ordaz entonces?

--- Pues sí.

--- ¿El ordenó disparar?

--- No. El ordenó la presencia del Ejército.

--- ¿Usted está limpio?

--- Yo sí. Absolutamente. Somos humanos. (El País, 5 de febrero).

El entonces secretario de Gobernación, a cargo del control político del país y por definición el hombre que tenía la obligación de seguir minuto a minuto los graves acontecimientos de ese día, resulta hoy incapaz de identificar a la persona que finalmente dio la orden de abrir fuego sobre la multitud y apenas admitió que él se enteró de lo sucedido en Tlaltelolco al recibir una llamada telefónica mientras platicaba en su oficina con David Alfaro Siqueiros, y que la responsabilidad última del crimen recayó en el presidente, aunque, por otro lado, no fue Díaz Ordaz quien pidió al ejército

que disparara para poner fin a unas protestas que impedían al gobierno concentrarse en la inauguración de unos juegos olímpicos que buscaban mostrar al mundo el esplendor del México del PRI. Desde esa lógica –un sólo centro de poder, una orden anónima y un sólo responsable final–, la nueva y aún más estúpida matanza de estudiantes que tuvo lugar el 10 de junio de 1971 en los alrededores del casco de Santo Tomás, es finalmente responsabilidad del presidente en turno, de Luis Echeverría. Sin embargo, al llegarse a ese punto, el expresidente rechazó la conclusión y trasladó la responsabilidad al Departamento del Distrito Federal. Lo menos que se puede decir, es que al expresidente Echeverría, como a muchos otros de su clase, le tienen sin cuidado la lógica y el doble estándar.

Pero si la lógica no funciona para Luis Echeverría, si sigue vigente para el resto de la sociedad y por tanto es imposible aceptar que quien fuera secretario de Gobernación entre 1964 y 1969, no fuera también uno de los ejecutores voluntarios e incondicionales de la decisión tomada en 1968 por el presidente Gustavo Díaz Ordaz: acabar a sangre y fuego con una protesta estudiantil muy visible, espontánea, llena de ideas y proyectos, desarmada, pero finalmente peligrosa en extremo para un sistema basado en una organización antidemocrática del poder. Fue justamente la efectividad e incondicionalidad del ex jefe del control político en su servicio al presidente y a su visión del poder, lo que le ganó el respaldo de Díaz Ordaz para sucederle en el cargo y preservar la continuidad e intereses de la clase política a la que ambos pertenecían.

**La Clase Política.**- En relación al poder, y siguiendo el razonamiento del italiano Gaetano Mosca (1858-1941) en La clase dirigente (1896), toda sociedad y de manera inevitable, se divide en dos: una mayoría gobernada y una minoría gobernante. Esta

última es justamente “la clase política”, la que monopoliza el poder con todas sus ventajas y privilegios. Para mantener su posición, ese grupo emplea siempre una combinación de instrumentos legales e ilegales, aunque esa mezcla no es siempre y en todo caso la misma, y es ahí donde residen las diferencias de calidad entre las sociedades y los sistemas políticos; en algunos casos la parte legal es la dominante pero en otros sucede lo contrario. En cualquier caso, para su defensa, esa clase dirigente dispone no sólo de la manipulación de las instituciones y de la fuerza del Estado –el poder no puede estar sentado por mucho tiempo en las bayonetas-- sino de algo que, bien usado, puede resultar tan o más efectivo que la manipulación y la fuerza: la “fórmula política”. Esta fórmula consiste en articular un discurso ideológico que pueda convencer a los subordinados que los derechos y privilegios de los gobernantes son legítimos y que, en última instancia, resultan benéficos para el resto de la sociedad y, por tanto, tienen un sustento ético.

**El Desgaste.**- Para que la “formula política” sea efectiva, debe corresponder en algo con la realidad, pues entre mayor la distancia que existe entre lo que se dice y lo que se hace, más evidente resulta su carácter ilusorio, el engaño. Si alguna vez en el México del siglo XX la “fórmula política” y la realidad coincidieron o casi, fue justamente al inicio y al final de ese período que se conoce como el de la Revolución Mexicana y que corresponde al liderazgo del movimiento bajo Francisco Madero y Lázaro Cárdenas. En contraste, a partir del gobierno de Miguel Alemán, la separación entre lo dicho y lo hecho aumentó cada vez más en un camino sin retorno, y uno de cuyos puntos culminantes fueron precisamente los años de Echeverría. En efecto, entre 1970 y 1976, el discurso del poder se hizo interminable, con frecuencia ininteligible,

demagógico en extremo y absurdo por su choque constante con la realidad. Los sucesores tecnócratas de Luis Echeverría intentaron cambiar el estilo de la “fórmula política” pero ni quisieron ni pudieron transformar su esencia.

El retorno el 3 de febrero a la demagogia, la falsedad, el cinismo y la falta de respeto para un 2 de octubre que “no se olvida”, sirvió menos para contrastar la “fórmula política” tecnocrática de la actualidad con la del pasado, y más para recordar su común origen, ya que y después de todo, ambas son producto de una misma matriz: el PRI.

**1968.-** El 68 constituye uno de los acontecimientos más traumáticos del desarrollo político mexicano de la segunda mitad de este siglo. Llegar a una reconstrucción y a una explicación del como y, sobre todo, del por qué de lo ocurrido hace casi treinta años en la capital mexicana, no debe verse sólo como una empresa histórica sino, sobre todo, política. Saber la verdad sobre el 68 es una manera de desentrañar la naturaleza de una forma de ejercer el poder que aún no desaparece – ahí están, para recordarlo, las matanzas de Aguas Blancas y Acteal más centenares de asesinatos políticos que, por ser individuales o de pequeños grupos, casi se han vuelto parte de lo cotidiano— y que ya se puede y debe superarse de manera definitiva. Saber lo que efectivamente ocurrió en México en ese terrible otoño de 1968, no sólo es una manera de madurar colectivamente, sino también es una señal objetiva de que el sistema que perpetró el crimen puede ser superado.

En contraste, mientras se siga manteniendo en la obscuridad de los archivos de las secretarías de Gobernación, Defensa o del Departamento del Distrito Federal, lo que ocurrió en el 68, y mientras se mantenga la impunidad de los culpables –vivos o

mueritos— se tendrá un indicador muy objetivo de que lo viejo –el autoritarismo y la irresponsabilidad— aún sigue prevaleciendo por sobre lo nuevo –la democracia y la cultura de pedir y entregar cuentas. La impunidad seguirá ganando la partida en tanto desde el poder mismo no se aclare la naturaleza de la fuerza que derramó la sangre del 68. La sociedad mexicana no podrá estar en paz consigo misma mientras no salde su deuda con los muertos de hace treinta años. Es una vergüenza que ni siquiera sepamos cuantos murieron entonces y no tengamos los nombres de aquellos a los que debemos rendir reconocimiento. Finalmente, lo mismo, exactamente lo mismo, se puede decir en relación a lo ocurrido el 10 de junio de 1971.

La brutalidad y el sin sentido de lo acontecido la noche de Tlaltelolco y la tarde del jueves de Corpus, pusieron en evidencia la estrechez de miras y la miseria moral de la clase dirigente, lo mismo que los límites del sistema político postrevolucionario: la presidencia podía negociar todo, menos el que en vez de pedir una merced se exigiera un derecho; todo, excepto que en vez de solicitar una concesión se demandara la democratización. El presidente que se consideraba la encarnación del gobierno, del régimen, del Estado y de la nación, podía tolerar mucho, pero no que se le bajara del pedestal, se le reclamara en público y se le recordara que era el mandatario de una república y no el soberano de un reino.

Tlaltelolco fue el sangriento inicio de la lenta movilización y transformación de la conciencia cívica mexicana. Fue el principio del desvanecimiento de las ilusiones, de la pérdida de sentido de la “fórmula política” vigente –revolución, justicia social, institucionalidad, soberanía, etcétera— y el inicio de una transición que lleva ya treinta años y aún no concluye,

**Finalmente.**- La responsabilidad de una comisión legislativa encargada de esclarecer lo ocurrido en 1968 es enorme, por tanto no debe trivializar su cometido volviendo a entrevistarse con Luis Echeverría; el personaje ya demostró que no es un interlocutor a la altura de la empresa.

*Correspondencia: Imeyer colmex.mx*